

3

Real Academia
Hispano-Americana de
Ciencias y Artes : Cádiz



Fiesta del Idioma : : :

257

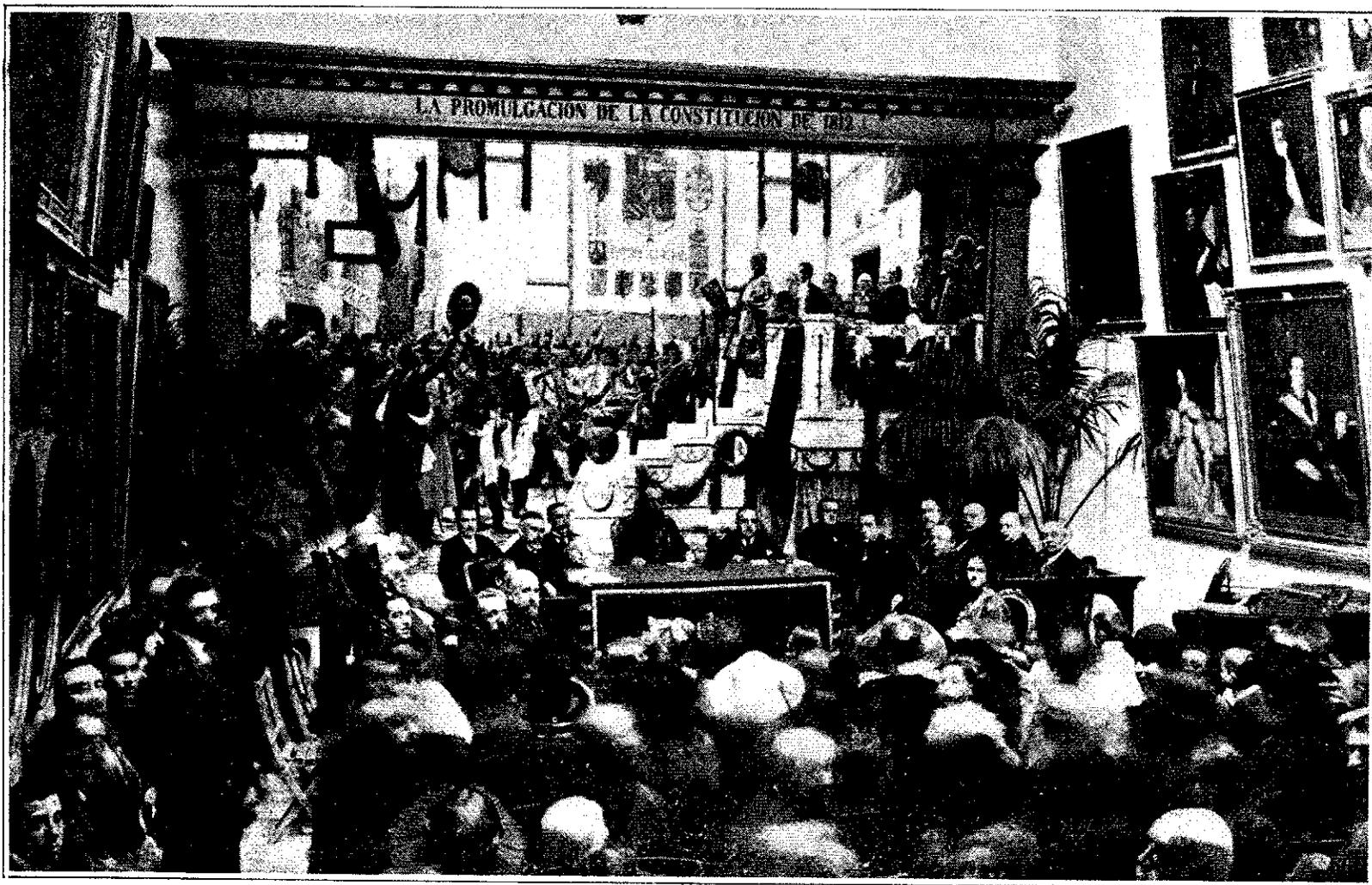
1
✓
283/3

A mi distinguido amigo
 el culto Procurador de los Fide-
 suarios de Sevilla y Puerto ha-
 cionario, Don Juan A. Puerto
 Reina su aff. amigo
 v. v.

= Fiesta del Idioma =

23 de Abril de 1922



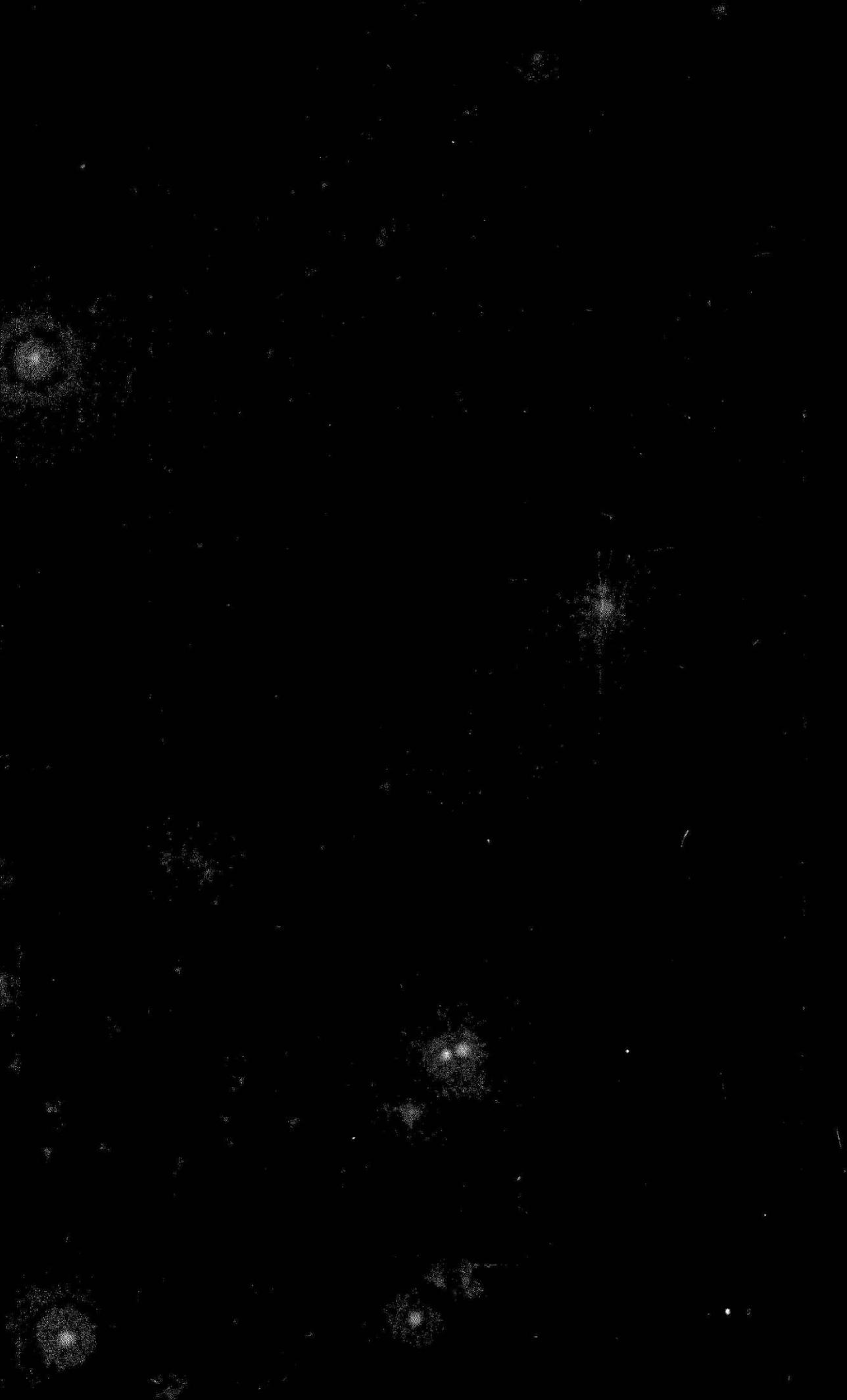


Sesión solemne celebrada el día 23 de Abril de 1922

==== *Real Academia*
Hispano-Americana de
Ciencias y Artes : Cádiz



Fiesta del Idioma : : :



PROGRAMA

- 1.º BREVE MEMORIA explicativa de la Fiesta del Idioma y su organización, por el Académico Secretario P. Tomás Lahorra.
- 2.º LECTURA DE TROZOS DEL «QUIJOTE».—Por niños y niñas de las Escuelas nacionales, comentados libremente por los mismos, bajo la dirección del Sr. Inspector provincial de primera enseñanza, D. Filemón Blázquez.
- 3.º ¡POR EL IDIOMA!—Trabajo literario original, enviado por la Srta. Emma Calderón y de Gálvez, Académico de Honor.
- 4.º CANCIÓN ESPAÑOLA.—Granados. — Ejecutada por la Srta. María Enriqueta Párraga, acompañada al piano por el Académico de número D. José María Gálvez.
- 5.º ¡LA COPLA EN LA ERA!—Poesía original del Académico de número D. José María Pemán y Pemartín, leído por el Sr. Fernández Repeto, Académico consiliario.
- 6.º CANCIÓN ESPAÑOLA.—Granados.—Por la Srta. Párraga y piano por el Sr. Gálvez.
- 7.º DISCURSO pronunciado por el ilustre cervantista Don Salvador Alarcón, Académico de Honor.

Reseña del acto

A las tres de la tarde del Domingo 23 de Abril de 1922 en el salón de actos de la Real Academia comenzó la sesión presidida por el Director D. Pelayo Quintero Atauri, teniendo a su derecha al Gobernador militar General Bellod al segundo Jefe, General Sosa, al vicedirector de la Academia Sr. Reina, y a la izquierda; al Alcalde de Cádiz y Académico de honor Sr. Clotet. al consiliario D. Metodio Quintanar y al Diputado a Cortes D. Juan A. de Aramburu, ocupando los demás sillones los académicos: D. Juan Pineda, don Enrique Martínez, Fr. Tomás Lahorra, D. José Gálvez, don Joaquín Fernández Repeto, D. Julio Moro, D. Francisco Téllez Ducoin, Fr. Adriano Suárez, D. Arturo Gallego, don Antonio Martínez Cano y el Sr. D. Salvador Alarcón Académico de honor, encargado de pronunciar el discurso en honor de Cervantes.

Concedida la palabra por la Presidencia al Secretario Sr. Lahorra, éste dió lectura a una ligera memoria explicativa de la fiesta demostrando una vez más sus dotes literarias y siendo muy aplaudido.

El segundo número del programa fué muy interesante: el Inspector provincial de primera enseñanza D. Filemón Blázquez, presentó varios niños de las escuelas nacionales, que efectuaron brillantes ejercicios de lectura e interpretación de trozos del *Quijote*. El número fué atrayente y se aplaudió por extremo.

El académico D. Joaquín Fernández Repeto leyó con verdadera maestría un hermoso trabajo literario titulado «Por el Idioma», enviado por la publicista y poetisa, señorita Emma Calderón y de Gálvez, escuchándose muchos aplausos.

Acompañada al piano por el Sr. D. José M.^a Gálvez, con la perfección que a éste es propia, la distinguida señorita Enriqueta Párraga, hija de nuestro convecino el Dr. don Celestino, deleitó al auditorio con la *Canción española*, de Granados, en que hizo gala de su preciosa y extensa voz, admirable vocalización y escuela de canto, escuchando estruendosa ovación.

El académico D. Joaquín Fernández Repeto, leyó una inspirada y bella poesía, enviada por el académico D. José Pemán y Pemartín, titulada *La copla en la era*, mostrando su entusiasmo la concurrencia con prolongadas salvas de aplausos.

La bella Srta. de Párraga encantó de nuevo a la distinguida concurrencia con su voz de soberana simpatía y belleza, interpretando otro número del programa, acompañada también al piano por el maestro Sr. Gálvez, siendo tal el entusiasmo de la concurrencia que se vió obligada a cantar una preciosa composición del Sr. Gálvez con letra de Becquer y escusamos decir de la manera magistral con que fué interpretada.

El ilustre cervantista de reconocida fama D. Salvador Alarcón, pronunció un discurso muy bello, grandilocuente, en el que dió nuevas y gallardas pruebas de la justicia de su concepto y renombre.

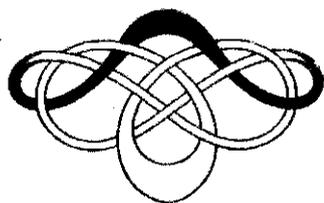
Fué interrumpido con entusiastas aplausos en elexordio, en varios párrafos y al terminar su discurso: tuvo ovación tan justa, como entusiasta y merecida. También se le felicitó con entusiasmo.

No pudo elegirse mejor final y coronamiento para tan

solemne acto, pues bastaba con tan soberbio alarde oratorio para que constituyese una verdadera Fiesta del Idioma.

Mantuvo atento y ensiasmado al auditorio durante una hora.

Nuestra enhorabuena y agradecimiento para el señor Alarcón que tan perfectamente desempeñó el encargo que le diera la Academia.



Memoria leída por el Sr. Secretario

Excmos. señores; señores Académicos; señoras y señores:

La Real Academia Hispano-America de Ciencias y Artes, que tiene su asiento en Cádiz y desde Cádiz trabaja por estrechar las relaciones artísticas, literarias y científicas con las que fueron Colonias de España, queriendo dar cumplimiento a su palabra empeñada, celebra hoy la fiesta del Idioma, fiesta simpática para todos los que hemos nacido en tierra española, grata para todos los que expresan sus pensamientos en nuestra rica y majestuosa lengua y digna de loa para los que han sabido saborear los frutos exquisitos que ha producido ese árbol gigantesco, cuyas raíces extendidas están, por toda la tierra.

Merecía esta fiesta un gran recinto, en donde todas las clases sociales españolas e hispano-americanas contribuyeran con su presencia o con la elocuencia de su verbo a honrar y cantar las glorias de la lengua que dió sus primeros vagidos con las proezas caballerescas del Cid, en verso esculpidas; matizada después con los poemas religiosos del calagurritano Gonzalo de Berceo; robusta y de temperamento viril en las producciones del Rey Sabio; festiva y *atrevidilla* en las del Arcipreste de Hita; graciosa y delicada en las *serranillas* del carrionés Marqués de Santillana; rica y sin impurezas en la didáctica del obispo burgalés D. Alfonso de Cartagena; natural y fluida en el portento de erudición, obispo de Ávila, D. Alfonso de Madrigal. Y lue-

go, en los *Palmerines*, los *Amadises* y *Floriseles*, en las novelas de costumbres, en las pastoriles y picarescas, aunque no siempre, derrocha gracia, ostenta con orgullo, junto con la flexibilidad, la riqueza y la armonía de su léxico. Y cuando, aun a pesar de todas estas riquezas, hay españoles que la denigran y la desprecian y quieren que solo conviva entre el vulgo, porque no es digna, decían, de que hablase y tratase de cosas altas y que están muy por encima de los sentidos, levántanse decididos paladines en su defensa, como el agustino Beato Alonso de Orozco, cuyas son estas palabras: «solamente los españoles, amigos de trajes peregrinos y costumbres extranjeras, tenemos en poco lo que se escribe en nuestra lengua, siendo la que más estimada debe ser en elegancia y perfección después de la latina.» «No se puede sufrir, dice el también agustino Malón de Chaide (1), que digan que en nuestro castellano no se deben escribir cosas graves; pues cómo. ¿Tan vil y grosera es nuestra habla que no puede servir sino de materia de burla? Este agravio es de toda la nación y gente de España, pues no hay lenguaje, ni le ha habido que al nuestro haya hecho ventaja en abundancia de términos, en dulzura de estilo y en ser blando, suave, regalado y tierno, y muy acomodado para decir lo que queremos, ni en frases ni rodeos galanos, ni que esté más sembrado de luces y ornatos floridos y colores retóricos.... digo que espero en la diligencia y buen cuidado de los celosos de la honra de España, y en su buena industria, que, con el favor de Dios, habemos de ver muy presto todas las cosas curiosas y graves escritas en nuestro vulgar, y la lengua española subida en su perfección, sin que tenga envidia a alguna de las del mundo, y tan extendida cuanto lo están las banderas de España, que llegan del uno al otro polo.»

Así pensaban estos dos escritores, de los mejores de la

(1) Prólogo a la «Conversión de la Magdalena.»

literatura hispánica; el uno, cuando todavía no había nacido el autor del *Quijote*; el otro, cuando aún faltaban algunos años para ver la luz pública esa obra inmortal.

Por aquel entonces, para desmentir la injuriosa afirmación de los que en tan poco tenían a la lengua patria, surgieron el dominico Fr. Luis de Granada, con su prosa clara, fluida, sin mendigar voces forasteras; la sin par y nunca igualada castellana Santa Teresa de Jesús, que, tanto en prosa como en verso, vertió la ingenuidad de su alma virgen; San Juan de la Cruz, que sublimó las palabras más vulgares; el delicado y tiernísimo franciscano Fr. Juan de los Angeles; el severo y ajustado jesuita P. Rivadeneyra, y miles más, a muchos de los cuales se anticipó el «gran Maestro, a quien debe más que a nadie la lengua castellana, empleándola en elevados asuntos, pulimentándola de antiguas asperezas y prestándole el ritmo, la armonía y formas amplias y majestuosas, hasta convertirla en el rotundo y grandilocuente idioma acomodado para hablar con Dios.» (1) Ese Maestro es el Príncipe de la poesía lírica española; es mi hermano de hábito, su nombre: Fr. Luis de León.

Diríase, señoras y señores, que la lengua castellana venía a ser así como una reina ataviada con todos los primores del bien hablar, adornada con la diadema de preciosas joyas literarias, empuñando el cetro de oro del más rico y purísimo lenguaje y extendiendo su amplio manto por todas las latitudes de la tierra, recibiendo los homenajes de admiración y gratitud allí donde la llevaron nuestros misioneros y soldados, nuestros poetas y eximios escritores; allí, en el inmenso Océano, donde resonó por vez primera la palabra ¡*Tierra!* que repitieron las olas del mar y las playas del continente americano; allí, donde lenguas ininteligibles pa-

(1) P. Conrado Muñoz; «Influencia de los Agustinos en la poesía castellana.»

ra los que nunca las habían oído, dieron franca entrada a la reina lengua castellana, que, con un *¡Gracias a Dios!*, expresión amorosa y de agradecimiento, brotada de labios españoles, y que repercutió en el espeso bosque remontándose hasta el cielo, tomó posesión de aquellas tierras, en donde luego hubo de recibir, placentera, nuevas joyas con las que enriqueció su regio manto.

A esta reina, orgullo de nuestra raza, que ha sentado sus reales en dos mundos, y a la que se rinde pleitesía en Liceos, Colegios, Universidades y teatros de Alemania, Bélgica y Estados Unidos de América del Norte, es a la que tributamos estos homenajes, si quereis sencillos, pero reveladores del amor a nuestro Idioma, inmortalizado por el genio singular que fulguró en el brillantísimo período de nuestro siglo de oro, el burilador insigne del hablar castellano, alma generosa y grande, de sentimientos altamente cristianos, de espléndida imaginación, que pintó a maravilla las costumbres de su tiempo, el de mayor renombre de nuestros escritores antiguos y modernos, que, con una sola de sus obras, *Don Quijote*, basta para que todos los pueblos que hablan castellano le admiren, le reverencien y eleven al cielo por su alma, generosa y grande, una oración, particularmente hoy, en el 306 aniversario de su muerte.

Acertada ha estado la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes al unir en este día el nombre del más genuino representante de nuestra habla con la fiesta del Idioma. No sé si sabré interpretar ajustadamente las intenciones del iniciador de esta fiesta, mi querido amigo el Ilmo. Sr. D. José M.^a Pérez-Sarmiento y las de la docta Academia que la acogió y aprobó con satisfacción. Parece-me que, tanto el ilustre colombiano como esta Real Academia, intentaron, al unir esta fiesta con la memorable fecha, recordar a los españoles y a los hispano-americanos y a

todos los que exteriorizan sus pensamientos en la galana y rica lengua de Cervantes, que España tiene un idioma admirado por todos los pueblos de la tierra; idioma que tenemos obligación de venerar, porque así veneramos a la Patria; idioma que no debemos emplear en fútiles pasatiempos ni mancharle con indecorosas pornografías, pues el mismo Cervantes nos enseña en el prólogo de sus *Novelas ejemplares* «que si por algún modo alcanzara que la lección de estas novelas pudiera inducir a quien las leyera a algún mal deseo o pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí que sacarlas en público.»

En tal concepto, el idioma, acompañado del nombre de su Príncipe, que no puede menos de traernos recordaciones de los maestros del bien decir, es alma que avigora nuestro espíritu; es luz que irradia fulguraciones del genio; es manjar vigorizante del entendimiento y del corazón; es hilo conductor, entre la Madre Patria y las Hijas que la aman, de ideas y pensamientos, de respetos y de amores, de simpatías y de unión. Jamás será la razón de la fuerza la que nos dé poderío en el continente e islas de nuestra raza: el poderío, además de otras relaciones íntimas, nos vendrá por el idioma, que bien dijo Chocano en estos versos dirigidos a nuestro Rey:

Os puede hacer más dueño de nuestro Eden fecundo
la lengua de Cervantes que el barco de Colón.

No; no tendremos barcos descubridores de nuevas tierras, pero podremos mandar y recibir, surcando los mares que nos separan, libros y revistas, prosas y versos, que, como ha dicho no sé quien, son los acorazados del pensamiento.

Mis compañeros de Comisión para organizar este acto, Sres. D. Juan Reina e Iglesias y D. Joaquín Fernández Repeto, se han mostrado demasiado benévolos y corteses al

encargarme el desempeño del primer número del programa de esta fiesta. Yo les agradezco esta distinción inmerecida, como se la agradezco a esta Real Academia y a su infatigable Director, quienes la han dado por buena; pero siento tenga que recaer sobre ellos la responsabilidad de no haber sabido yo cumplir con lo que se me ha encomendado. Solo me deja satisfecho el haberme ajustado a una de las condiciones del número primero del programa: la brevedad. Sí, se imponía la brevedad, y hasta casi, casi la exigí de mis compañeros de Academia; porque no era conveniente, no era justo que yo os empalagase, señoras y señores, con mi prosa desabrida y fría, dilatando vuestra esperanza por recrearos con las explicaciones de algunos trozos del *Quijote* que nos han de dar esas niñas y esos niños dirigidos por el hábil educador de la juventud e Inspector provincial de primera enseñanza D. Filemón Blázquez. No quiero privaros por más tiempo del grato aroma de españolismo que exhalan las flores literarias de la Srta. Emma Calderón y de Gálvez; ni de las dulces melodías de la sentida artista Srta. María Enriqueta Párraga; ni de los acordes deleitosos que sabe arrancar al piano el Maestro de Capilla de nuestra Catedral, D. José M. Gálvez; ni de las bien cinceladas estrofas del inspirado y aplaudido vate, D. José M.^a Pemán y Pemartín; ni del verbo cálido, exuberante y bello del fervoroso cervantista y Académico de Honor, don Salvador Alarcón.

Prestadles atención. He dicho.

P. TOMÁS LAHORRA,
O. S. A.

¡Por nuestro Idioma!

Hermosísimo es el ideal que hoy nos une en espíritu a Españoles e Hispano-Americanos: Cantar la hermosura y riqueza del sonoro Idioma de España.

Por vez primera rompo los moldes del verso, en el que siempre vertí mi alma valiente de española fundida por el entusiasmo, porque hoy no quiero cantar como poeta, sino esgrimir la pluma como agita el guerrero la espada; para pelear y para vencer.

Si yo no perteneciera, aunque indignamente y á título de honor, que no de mérito, á esta Real Academia que al llamarse Hispano-Americana abraza dos mundos que de España fueron, ensalzaría como se merece esta grande obra suya de unir en vínculo irrompible a cuantos hablan el poderoso Idioma que pulió Cervantes.

Porque, obra meritísima es y que España ha de apreciar y agradecer en su justo valor, la que un puñado de hombres de grandes alientos y es-

píritu de adivinación, inició en Cádiz al poner los cimientos de la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes.

Desde este punto avanzado de la Península Ibérica y entre dos mares; el que nos trajo la civilización y el que se llevó á un loco sublime en busca de otro mundo, esta valiosísima entidad ha tenido sus oídos atentos, en el concierto de voces humanas, a aquellas en que gorjeaba o rugía el habla española, tan dulce para acariciar como recia e indomable en la pelea.

Y porque esta Real Academia vigilaba, entre las muchas y grandes tareas que se impuso fué una de las no menos importantes dedicar cada año la fecha de hoy a hacer una revisión de valores y emprender nuevas campañas en defensa del Idioma Castellano.

Digo “revisión de valores”, porque nuestro esfuerzo no se limita, como muchos creen, a estas solemnes sesiones en las que se recitan poesías entusiastas y se pronuncian patrióticos discursos que llevan una chispa de entusiasmo a la distinguida concurrencia que las honra.

Todos y cada uno de los Académicos, en su esfera de acción y más allá de donde alcanza la medida de sus fuerzas, trabajan de continuo para que nuestro Idioma no decaiga en su sonoridad ni en su riqueza, para que se mantenga puro y busque en sus arcas inagotables aquellos vo-

cablos que necesite sin recurrir a otras Lenguas menos ricas y no más flexibles que la nuestra.

Hay en nuestro seno oradores fluidísimos que convierten el idioma en música sabia que al mismo tiempo ilustra y recrea; bibliófilos pacientes que revisan sin cesar los archivos en busca de joyas con que adornarlo; poetas que con la magia de sus versos van arrastrando a las multitudes, presas en el encanto de sus giros armónicos.

La Real Academia Hispano-Americana examina en esta fecha la parte de obra realizada, revista sus fuerzas y las envía de nuevo a conquistar laureles para la noble Matrona que envuelve a medio mundo en la malla de oro de su verbo.

Pues que pulir, depurar, ennoblecer el Idioma que ha resonado victorioso sobre el tumulto del combate en cien campos de batalla es dar mayor honra a nuestra madre común; pues que es deber de todo español velar por los prestigios de la Raza, y la Lengua de Castilla es uno de sus más gloriosos florones, yo conmino a los que me lean o me escuchen a que aporten su labor personal al común esfuerzo. La tarea es fácil si se pone en ella voluntad. Hay, primeramente, que acudir a las buenas fuentes, a la obra inmortal que nos legaron los clásicos, “madres” en que se va haciendo el riquísimo vino del Idioma Castellano

que prensó Cervantes, tanto más generoso y rico cuanto más añejo. Hay que perseguir a los escritores ignorantes o desaprensivos que hacen con él juegos malabares, en su ambicioso afán de demostrar ingenio, tal vez única dote que poseen.

Nos quejamos, con razón, de que en algunas de las Repúblicas hispano-americanas el Idioma que les legamos se corrompe de tal modo que se nos hace difícil entenderlo.

Dejando la magna tarea de velar por sus prestigios a aquellos hombres que, ya comisionados por España, ya galantemente invitados por esas Repúblicas, atraviesan el Océano para ir allá a encarecer la conveniencia de un Idioma único, debemos nosotros velar desde aquí por la pureza del lenguaje, sin permitirnos desfallecimientos ni contempORIZACIONES.

Procuremos, en primer lugar, pulir el propio estilo para que al precepto acompañe el ejemplo pues mal podrá erigiirse un censor de ajenas faltas quien, conociéndolas—y debe conocerlas—no corrije las suyas.

Creo yo que para escribir con facilidad y llaneza, ya que no con elegancia, lo que se necesita es pensar de antemano lo que se intenta expresar y dejar luego que las palabras fluyan naturalmente, sin artificio, con la suavidad de una vena cristalina que va serpeando pradera abajo en curvas llenas de magestad.

Lo que al Idioma castellano daña es el afán de dislocar la sintaxis y bastardear el léxico, introducir en él barbarismos que delatan la ignorancia de quien los emplea.

El desconocimiento del espíritu de nuestro Idioma lleva al escritor osado a pedir nuevas voces y giros al extranjero o a su descabellada inventiva.

Conseguido ya un estilo natural y llano, debemos dejar caer el peso de una severa censura sobre el periódico y el libro que desgonzan y empobrecen la rica habla española, atacándolos enérgicamente en el libro y el periódico, poniendo al descubierto sus atentados contra el buen decir y llevando al ánimo de los que nos rodean la convicción, de que prestar apoyo espiritual o práctico a esos malhechores de la literatura española, es, traicionar a la Patria; uno de cuyos brazos más potentes es el Idioma.

¡Guerra sin cuartel a los escritores advenedizos que entran a saco en el acerbo común para llenar su bolsa o ceñirse un laurel, halagando a la plebe, ávida en todo instante de estulteces y chocarrerías!

¡Guerra sin piedad a los que disfrazan y bastardean el Idioma sin segundo, cuyas gemas engarzó Cervantes en el libro de oro de su Quijote sublime!

¡Guerra a la ignorancia de los que no saben

leer y envenenan el buen gusto innato en todo hombre con la baja literatura de la Revista procaz, del folleto inmundo, del libro desmoralizador de nuestro léxico!

¡A luchar y a vencer!

¡Por nuestra Patria!

¡Por nuestro Idioma!

Emma Calderón y de Gálvez.

Académico de Honor



La copla en la era

*Todo es luz y modorra: los trigos
tienen yá la color de oro viejo;
sin que apenas el vaho caluroso
de un soplo de viento
acaricie las gordas espigas
en los tallos secos;
sin una amapola
que ponga una mancha de sangre en el suelo;
sin un árbol que entolde los rayos
de aquel sol de fuego;
ni una nube que enturbie en sus gasas
el azul luminoso del cielo
que amodorra el sentido y lastima
al quebrarse en los pardos barbechos...*

.
*Y en aquella campiña tostada,
que parece que despide fuego;
en las horas de siesta, que arrullan
e invitan al sueño,
el gañán está fijo en las eras,
impávido, quieto,*

*como un árbol nudoso, plantado
desde mucho tiempo
en el mismo lugar; y a su vera,
como en un fatigoso mareo,
ván girando las yeguas sudosas,
hinchados los pechos
al soplar anhelante, trillando
los trigos resechos....*

*Siempre igual la campiña... los trigos
con la misma color de oro viejo...
siempre el sol ardiente...
siempre azul el cielo.....
y las yeguas girando, girando,
con el mismo trotar soñoliento,
alredor del gañán, que parece
como un árbol plantado de tiempo
en el mismo lugar.... taciturno...
monótono.... quieto....*

*Pero no todo igual.... que sus ojos
profundos y negros
amenudo se vuelven a un lado....
¡y parece que encuentran consuelo!
Hay allí una casita muy blanca
cobijada al amor de un repecho,
cual paloma feliz que estuviera
en la falda de un niño durmiendo;
y una blanca columna de humo*

*que sube despacio de la casa al cielo,
como un blando suspiro de amores,
como un viejo cantar, como un rezo.
Y aquel humo blanco,
con su voz amiga, le habla de aquel fuego
que conforta sus manos callosas
las noches de invierno...
y también de otras manos curtidas
por el sol y el viento,
que le encienden y avivan, temblando
de dulces anhelos;
y de aquellos pedazos del alma
que a su vera oyeron
de sus labios rudos
el santo consejo
que los hizo honrados como son los padres
y trabajadores como lo son ellos.
¡Bendita mil veces la casita blanca,
bendito aquel fuego
que habla de la esposa, que habla de los hijos,
de la paz del hogar, de los besos
de los seres que esperan su vuelta!...
Bendito consuelo
que acaricia las almas honradas
de los hombres buenos!
¡Bendito aquel hombre
que sabe el secreto
de vivir la vida como Dios la manda
que es vivir contento!*

*Y por eso el gañán no está triste
ni maldice su vida, y por eso
aquel hombre de ruda corteza
lleva un alma llena de cantares, dentro.
Por eso en las eras, cuando la modorra
parece que todo lo aplasta a su peso,
cuando se diría
que todo está muerto,
aquel pobre gañán, que parece
como un árbol plantado de tiempo,
que parece que no tiene vida,
que parece arraigado en el suelo,
lanza al aire una copla andaluza,
preñada de amores y de sentimientos,
y sus ojos se llenan de vida
y su rostro tostado y cenceño
parece alumbrarse
con algo divino que llevara dentro,
y los agríos quejidos del canto,
aprendidos de labios del pueblo,
rasgando los aires,
rompiendo el silencio,
van cantando vida
por las soledades de los campos muertos...
¡como una bandada de alegres palomas
que cruza los cielos!*

José M.^o Pemán.



Sr. D. Salvador Alarcón

Resumen del Discurso pronun-
ciado por D. Salvador Alarcón.

Señores Académicos; Señoras y Señores:

Raigadas virtudes han de ser en todo pecho generoso la gratitud y la cortesía, y tales, que supieron inspirar en análogas ocasiones, frases elocuentes, que yo no puedo imitar con mi estilo áspero y enteco. No os sorprenda que, huérfano de toda protección por parte de las musas académicas, renuncie a esfuerzos retóricos, limitándome, a guisa de saludo, a volcar sobre vuestra indulgente atención una serie de amores, ya que no de ideas, que quien no puede ostentar los brillantes del ingenio, sí debe verter el oro de sus afectos.

Y afectos son los que traigo en este día; amores de muchos quilates, y que por ser de buena ley supieron resistir al ácido destructor de la ausencia; amores de mi corazón agradecido hacia esta ciudad, mil veces noble y por demás hospitalaria, que tiene la mágica virtud de hacerse querer con solo darse a conocer. Por esto fué suficiente que una corporación gaditana, como la Real Academia Hispano-Americana de Ciencias y Artes, haciéndome una distinción tan señalada como inmerecida, se dignara descender hasta mi y elevarme a las alturas de su solio, para que, sin membrarme de mi modestia, acudiese solícito al llamamiento.

Yo saludo, pues, a Cádiz con toda mi alma. Quisiera

que mis palabras fuesen como pulida luna veneciana en donde pudiese reflejar el corazón cuanto siente por esta perla del Atlántico, pero ya que mis labios sólo saben modular desabrimientos, me permitireis le ofrezca mis saludos con el decir bello y delicado que empleó el más famoso de los caballeros de Castilla, hidalgo de «lanza en astillero» para saludar a la dama de sus pensamientos; con aquellas palabras del viejo fabla castellano, fuertes como las moharras, que halló el bueno de Alonso Quijano rebuscando en los camaranchones de su *celebro* y en los sótanos de su corazón: «Alta y soberana ciudad:—digo yo—El ferido de punta de ausencia y el llagado de las telas del corazón, dulcísima Dulcinea, te envía la salud que él no tiene.»

Ante vosotras, bellas gaditanas, rindo mi lanza, haciéndoos la pleitesía que vuestra soberana hermosura merece. Reinas sois, en verdad, y vuestro reino es el más firme y perdurable de todas las monarquías, porque tiene sus dominios en el hogar, virtuoso y apacible, y por vasallos los seres más queridos del corazón: esposos, padres e hijos; podeis jactaros de que en vuestros estados no se pone el sol de la felicidad.

Hijas, esposas, madres, anhelad ser verdaderamente reinas, siendo buenas, cariñosas y dulces, imitando al acabado modelo que pintó el definitivo Fray Luis de León en aquella *perfecta casada*, camino seguro para la dicha infinita.

¿Pensásteis un punto en el viejo soldado de Lepanto, «más versado en desdichas que en versos, perpetuo cautivo en el Argel de su pobreza»? El también tuvo madre, esposa e hija; una madre tan sublime en sus amores como todas las madres, haciendo por su hijo cuantos imposibles saben hacer las madres cuando los ven como ella, en el cautiverio; que lloró por su Miguel las mismas lágrimas de angustia y dolor que hoy derraman tantas madres españolas por

sus hijos, cautivos de la crueldad agarena. Tuvo una esposa ya que no tierna, honrada, ya que no enamorada, apacible, y, sobre todo, tan discreta que supo brindar a su marido, al titán vencido y maltrecho, el gozo inefable de un beso postrero en los momentos de su agonía.

¿Derramásteis una lágrima por esos nuestros hermanos que viven arrastrando la triste cadena del cautivo en los campos africanos? ¿Rezásteis una plegaria por el descanso eterno de las almas de esos muertos generosos, héroes de la patria, héroes anónimos, hijos del pueblo que sufre y calla; que de la nada nacieron y volvieron a la nada, bajo las fosas de los campos marroquíes, defendiendo el honor de nuestro pueblo? Rezad, virtuosas damas, para que llegue pronto el momento deseado de la paz, de esa paz que tanto necesitamos.

Paz piden las madres, paz piden los campos, paz piden las industrias, paz repiten los viejos, paz lloran los niños y hasta los muertos piden a Dios que nos conceda la paz. Yo contemplo en mi fantasía las batallas de modo distinto a como las ven otras gentes; me represento el campo de la guerra a través de mi mente soñadora de poeta, no con los horribles estampidos de cientos de cañones, y sus macabros resultados de cadáveres destruidos por la metralla, ni percibo el tableteo de ametralladoras, segando vidas cual fatídicas guadañas de la muerte, ni el sangriento combate a la bayoneta, ni las cargas apocalípticas de los ginetes desbocados, no; yo veo los lugares de la batalla cuando terminó la lucha y se dió reposo a los elementos de destrucción y muerte; cuando la llanura aparece como sembrada a voleo de cadáveres, en cuyos rostros y miembros fijose al morir la mueca del terror; mezclados moros y cristianos; enlazados sus miembros cómo, si al morir, se hubieran dado el abrazo de paz. Mientras contemplo este cuadro que pintaron el odio de las razas y la ambición de los hombres, per-

cibo que un vaho de sangre en el aire se condensa, da un olor acre, caliente, allí están mezcladas la sangre de moros y cristianos, de negros y blancos, de españoles y kabileños, sangre de hermanos, puesto que son todos hijos de Adán y Eva. Mirad cómo este vaho forma una columna que en espirales sube lenta, lenta, pues camina hacia los cielos y va cantando mientras se eleva: «Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres en la tierra de buena voluntad.»

Puesto en el duro trance de dirigiros la palabra procuraré, sobre todo, no molestar vuestra atención con citas impertinentes que más cansan que ilustran al que las oye. Hablaré algo del idioma, puesto que su fiesta celebramos y algo de Cervantes, en cuanto hoy es aniversario de su muerte.

Mil veces habreis oído, como yo, decir a los eruditos del nuevo figurín dos apotegmas tan atrevidos que, tormulados con la pseudo-autoridad del dómine, producirían en vosotros idéntica perplejidad que a mi me produjeron. El primero se lanzó en el Parlamento a raíz de nuestros desastres coloniales; en aquellos días en que el patriotismo padeció de anemia perniciosa, cuando todos hablaban de regeneración y querían buscarla, enterrando la entraña del pueblo y conduciéndolo por vías, más o menos acertadas, pero, a mi juicio, perfectamente compatibles con la vieja solera castellana. «Hay que cerrar—decían—con triple llave el sepulcro del Cid.» En aquel período de estupor del alma española todos creyeron en la virtualidad de la frase, más pasado el primer momento, fué despertando el corazón, tonificándose el ideal, y entonces pudimos darnos cuenta de que el sepulcro de Rodrigo Díaz de Vivar no puede ser olvidado por los españoles, no por lo que el héroe tuvo de aventurero, sino porque en aquel viejo cofre de hierro está encerrado todo el honor de una raza, toda la historia de un pueblo que supo tener fé en sus ideales y que, alumbrado

por ella, coronó la obra magna de su nacionalidad, y es imposible a un pueblo enterrar su honor, deshacer su historia, romper la santa enseña de su ideal patrio, mucho menos hoy que tan escasos andan los Cides por Europa: ¡El honor de una raza ni se olvida ni se entierra cuando costó labrarlo ocho siglos de honradez y austeridades!

La otra afirmación que se repite con harta frecuencia por los sabios modernistas es el desprecio a las bellas letras, sobre todo el desprecio a la oratoria. Y yo que acostumbro a no rechazar idea alguna sin antes meditarla pensé cual fuera el motivo de tal cruzada contra la oratoria, porque si ésta no es otra cosa que la expresión de los hondos sentimientos, es villanía olvidarla y mengua mayor quererla desterrar de un pueblo. Si la oratoria es algo ha de consistir en un rebose divino del alma, y si no es esto no es oratoria sino palabrería hueca.

Más no debo distraerme del motivo de mi discurso y a él tornaré, suplicandoos perdoneis este paréntesis.

En el día, no sé si menguado o feliz, en que se decidió para siempre la ruina y exterminio de un pueblo, allá en el lago de la Janda, algo más que una monarquía y un orden social se perdieron. En las ondas del Guadalete fué disuelto a golpe de cimitarra el idioma de Virgilio, porque, sabido es, que en la España musulmana se habló el lenguaje, caballeresco y delicado de las sernas y Kasidas, y en las pétreas vertientes del Deva un latín carcomido, anémico, moribundo. No es aventurado afirmar que, terminada la milagrosa jornada de Covadonga, cuando el caudillo victorioso es alzado sobre el pavés de su tresdoblado escudo, y le aclaman los paladines por jefe de un pueblo, nacido en aquel glorioso instante, aquellos hurras resonaron en los cóncavos de las montañas astúres, descienden por las estepas de la Castilla futura, formaron eco en las roqueras oquedades de la Carpeto-Vetónica, repitiéronlos las vegas

andaluzas, crujieron vacilantes los jaspes de Sierra Nevada y, atravesando el grande e ignorado Oceano, fueron a morir en las cumbres de los Andes, porque tales vítores eran las primeras voces de un pueblo que había de dar a dos mundos el imperio de su lengua.

Dejemos, empero, a los héroes de nuestra nacionalidad forjar los bien templados aceros, vencedores de mil campañas batallas, y fijemos unos instantes nuestra atención en tiempos más cercanos, para ver cómo se desenvuelve y fija en el patrio solar el primer basamento de nuestra fábula.

Ved aquellos jóvenes de bella figura, cubierta la cabeza con lindo y caprichoso birrete, elevándose rizado en pliegues el cuello de su camisa; miradlos con sus túnicas de dobles haldas, perdidas las unas y ajustadas al brazo las otras, calzando azafranados y puntiagudos zapatos, con un laud graciosamente colgado por delante y una llave a un lado, pendiente del cinturón. Vedlos, sentados sobre el cesped a orillas del Pisuerga, cabe aquella fuentecica cubierta de madre selvas, con la mirada fija en los torreones del castillo señorial, suspirando amorosas endechas, dirigidas a la hermosa castellana que finge desdeñar su amor y sus baladas.

Vedlos, siguiendo a sus señores, y con voz más resonante que el trueno en el bosque silencioso, entonar a la cabeza de la mesmada cantos de gloria y de conquista, y cuando aquélla, frente al enemigo, se dispone a entrar en liza toma su laud y recita, acompañándose, las fazañas de los bravos caballeros que supieron morir luchando por Castilla, o que supieron vencer a la morisma.

Vedlos, en los tiempos de tregua y de paz, acudir a los castillos roqueros, donde moran aquellos señores de paveses oblongos, de capellar de grana, los que labraban sus sepulcros en los cartujos de Arlanza. Ved como a su llegada descende el puente levadizo, oid al enano resonar su



trompa, cómo rechinan al abrirse las hojas de las pesadas bronceínas puertas; escuchad, que acuden el noble castellano con sus galgos y lebreles, la castellana y sus hijas, con el abad del vecino monasterio, su confesor y consejero; silencio, escuchad al juglar, orgulloso con tantos honores, que se adelanta, prometiendo alegres trovas y festivas narraciones durante su morada en el castillo.

El juglar sabe contar en el romance naciente los sucesos, porque diz que, andando de castillo en castillo, de lugar en lugar, siempre errante, divirtiendo a magnates e infanzonas, adulando a ricas-hembras y entreteniendo a pecheros y villanos, pasea el adolescente idioma por los campos de Castilla con sus *voces de gestas*.

Se nutre y fortalece más tarde con aquellas *cantigas de serrenas*. Las pastoras andariegas que supieron inspirar al buen Arcipreste de Hita fábulas imortales, en las que sólo hay oro molido y finas perlas orientales, aquellas poesías «matas enteras de tomillo que, desarraigadas y aún húmedas del rocío, chascan, humean y perfuman, mordidas de la llama en las hogueras de los hatos» (1) o las «flores delicadas del tomillo que la mano señorial de Santillana cortó en los valles vestidos de Abril.» (2)

Bendita mil veces la poesía primitiva del romance castellano, bella y lozana como las honestas pastoras de Agreda y del Moncayo, de Lozoyuela, Mal Agosto y Sotos albos; dulce y sabrosa como leche de ovejas nutridas en León y Zamora; fuerte, varonil y campeadora como el brazo de los bravos mesnaderos; inspirada al calor de la sangre inmaculada de Castilla, de aquellas almas forjadas entre el soplo divino y el rayo del Sol; tierna, ingeniosa y gracil como mimada doncella de los suaves y polícromos vergeles andaluces.

(1) Enrique de Mesa.—Lunes de *El Imparcial*, 21 Abril de 1913.

(2) Idem.

Canta, musa castellana, canta las cuitas de Azarque en los jardines cordobeses, junto a la celosía de aquella nazarrena de ojos negros; canta a la guapa *mocita* de San Bernardo, entre fiestos de claveles de sangre y rosas de té; canta, musa romancera, las bellas saetas que conmueven al alma y hacen brotar lágrimas de emoción devota ante la imagen del Cristo sevillano en la noche augusta del Jueves Santo; canta en los granadinos cármenes a la hermosa Lindaraja, y no enmudezcas, musa andariega, sin cantar a estos delicadas huríes gaditanas al rumor de esas olas espumosas que, al resbalar por las arenas de la playa, te ofrecen amorosas kasédas y te riden sus zalemas.

Y a través de los siglos—minutos en la vida de los pueblos—vá constituyéndose esta gran fábrica de nuestro idioma, hasta que dá cima y remate del gran alcazar el artífice, digno de la obra: Miguel de Cervantes Saavedra, con su obra, relicario indestructible de una raza.

La obra de Cervantes ¿quién pudiera describirla? Dice de ella un ilustre cervantista hispalense estas hermosas palabras: «Es el *Quijote*, en los vetustos solares españoles, como la alhaja secular que, pasando de padres a hijos, de generación en generación, se avalora por el empleo que de ella hicieron seres muy amados; prenda en la cual nos parece ver, en momentos de melancólicas añoranzas, algo de lo que perdimos para siempre, dándonos a escuchar el suspiro de las cosas que fueron, el ténue rumor de los besos de muchos labios; coplas de cuna y cantos funerales. El *Quijote* es la alhaja vieja de la casa española.» (1)

Baste con la muestra como indefectible homenaje a la obra y digamos algo de su autor, relacionado con su muerte. Mucho conocemos de su vida, después de los valiosos descubrimientos de Pérez Pastor y Rodríguez Marín, y, sin embargo, queda aún bastante por conocer.

(1) Montoto y Rautenstrauch.—*Crónica de Cervantes y Sevilla*.—Sevilla, 1916.

El ilustre profesor de Medicina, doctor Gómez Ocaña, en la *historia clínica de Cervantes* dice: «¿Por qué enfermó del corazón el *escritor alegre*? Toda la vida de nuestro historiado se condensa en lo externo, en una constante solicitud, jamás satisfecha, de medios para el sustento. Este pretendiente de por vida aparece en lo interno, altruista como no lo hubo ni lo hay, a no ser Don Quijote, su hechura. Lógico es que enfermase del corazón el que le tenía tan grande, máxime cuando le sobraron ocasiones para sufrir.»

Y, en verdad, que, analizando los episodios conocidos de toda su vida, nada más profundo y acabado que aquellas palabras y el diagnóstico que encierran. La vida de Miguel de Cervantes fué un constante sufrimiento, un anhelo insatisfecho.

Tras una infancia de privaciones y andanzas, cuando aquel corazón de veinte y cuatro años palpita, atraído por su afición a la vida del soldado, y sueña, en su fantasía, cómo suma de todos sus anhelos, con el fajín de capitán de los tercios castellanos; cuando en la noche febril del seis de octubre de mil quinientos setenta y uno, a bordo de «*La Marquesa*», sobre su cubierta, con el codo de un brazo apoyado en la borda y la mano sobre la frente calenturienta, delira con la recompensa que espera merecer por su conducta en el combate, nadie pudo decir, al oírle, que sería aquel joven el príncipe de los ingenios. Jamás pensó Cervantes en dedicarse a la literatura.

He de luchar con el turco,
y es mejor que en la lid muera,
si no he de ser capitán. (1)

Pone un poeta en boca del soldado bisoño de Alcalá de Henares. Sigue delirando; se vé ya capitán de una compañía en las llanuras de Flandes, paseando sobre corcel ala-

(1) Romancero Cervantino.—Alarcón.

zán por las calles de Bruselas, Malinas o Amberes. Y sueña, mejor dicho, delira:

 Cuando en tal guisa discurra
 por las calles de Bruselas,
 el terror de los flamencos
 y pregunten las doncellas:
 —¿Quién el gentil castellano?
 —Soy el capitán Saavedra;
 para serviros esclavo,
 para trovaros poeta. (1)

La realidad se encargó de desengañarle, deparándole el primer sufrimiento terrible, porque después de luchar en el combate como un valiente, defendiendo el esquife, logrando que los turcos no asaltaran la galera, cobrando tres heridas y, de resultas de una, perdiendo la mano izquierda; tras los servicios de armas prestados con posterioridad en Modón y Navarino, cuando creyó que la soñada capitanía estaba a su alcance y, para lograrla, venía hácia la Corte a bordo de *La Sol*, hundiéndose para siempre toda la máquina de sus sueños, encontrándose, al despertar, camino de Argel, cubiertas sus espaldas por el jileco, su cabeza por el bonete y con calzones azules de cautivo. El día 26 de Septiembre de 1575, a bordo de una galera turquesca, y aferrado a uno de sus bancos, murieron las ilusiones juveniles de Cervantes, desposándose el hidalgo con la Fama, que, en recompensa de sus sufrimientos, le dió un beso en la frente.

Los cinco años de cautiverio constituyen para Miguel una sucesión ininterrumpida de sacrificios, abnegaciones y sufrimientos. Allí es donde se revela el temple heroico y desajicado de su alma; las escenas trágicas de Juan el Jardinero, confesándose ante el bajá por único culpable, sin arredrarle la muerte cierta; la valiente, casi inverosímil, relación de su proyectada fuga ante aquella autoridad por salvar al Exar-

(1) Romancero cervantino.—Alarcón.

gué; la sorda y terrible lucha con la traición, personificada en el malvado Juan Blanco de la Paz, pesadilla terrible de todos los españoles honrados; el valor que desplega en los Baños, auxiliando a los cautivos; su misma liberación por Fray Juan Gil, cuando, vistiendo la saltambarca, y aferrados los pies a los bancos, espera las voces de «¡Alerta el forzado; ¡avante, boga!» para marchar hacia Constantinopla con el sin ventura Palafox. ¿Cabén sufrimientos mayores?

En España ¿qué le espera? Caminar siempre errante, solicitando medios para el sustento; ser un forzado de la necesidad, un bohemio a quien le negó el destino hasta el consuelo inefable del amor. Casado con la hidalga de Esquivias—máximo error de Miguel—cuando su edad frisaba con treinta y siete, cortas fueron las dichas de tales bodas, que para empañarlas trabajaron de consuno el vanidoso clérigo Juan de Palacios ayudado por la triste realidad de una pobreza vergonzante, y tuvo que separse de su mujer, *raspahilando, sobre una mula de alquiler, pequeña, seca y maliciosa, sin mozo de mulas que le acompañe; sus alforjitas a las ancas, en la una un cuello y una camisa, y en la otra su medio queso y su pan y su bota* (1), hacia la tierra bendita de María Santísima, buscando comisiones, haciéndose juez de bastimentos y alcabalero. ¡Válgame Dios, y quién conoce al soñado capitán Saavedra!

¿Qué le importan los infelices sucesos futuros, las excomuniones de Ecija, las prisiones de Castro del Río, Velez-Málaga y Sevilla, la falta de paño de raja para vestir y de pan en ocasiones para sustentarse, si carecía de amor que animara su vida, inoculándole ilusiones y fortaleza para la lucha? Era feliz en su desgracia, porque, al menos, no sufría las torturas de su esposa que le (2) *grita sin por qué; presume sin hacienda; y como me ve pobre, no me estima*

(1) El Juez de los divorcios.

(2) Cervantes.—Obra citada.

en el baile del Rey Perico; y es lo peor que quiere, que a trueco de la fidelidad que me guarda, le sufra y disimule millares de millares de impertinencias y desabrimientos.

¡Con cuanta razón pudo decir que «la pobreza atropella a la honra, y a unos lleva a la horca y a otros al hospital, y a otros les hace entrar por las puertas de sus enemigos con ruegos y sumisiones, que es una de las mayores miserias que puede suceder a un desdichado» (1)! Seguramente le sugirieron sus desgracias tales ideas: la injusta detención en el proceso Espeleta; los mordiscos del anónimo Avellaneda; los desprecios de Lope de Vega; la sordidez del librero Robles, las innumerables malandanzas y desventuras del ingenioso hidalgo le fueron destruyendo el corazón poco a poco, sin que fuera bastante a impedirlo los pequeños goces, desconocidos en sus detalles, que le brindara la infiel madre de Isabel de Saavedra.

Pero su alma era grande y grande había de ser hasta la muerte. Pruebas de esta grandeza las dió en los tres últimos escritos: el prólogo de *Persiles*, la famosa carta de 26 de Marzo de 1616 a D. Bernardo de Sandoval y Rojas, y la dedicatoria del *Persiles*, escrita al día siguiente de ser oleado y con las ansias de la muerte.

¿Cómo murió? Yo no me atrevo ni soy digno de referirlo con palabras mías; emplearé las de un ilustre escritor, gloria también de nuestras letras, el malogrado Navarro Ledesma.

«Los cuatro postreros días de su existencia, hasta el veintitres de Abril, en que murió, debieron de ser angustiosísimos. La disnea y el estertor, propios de los enfermos cardiacos, oprimían aquel anciano pecho. La sed de agua ¡terrible congojal se trocaba en sed de aire, que los pulmones anhelosos consumían, y en sed de sangre, la cual corría furiosa, desbocada, por las venas, marcando ciento

(1) Cervantes.—El casamiento engañoso.

veinte, ciento cuarenta, ciento sesenta pulsaciones por minuto, sin que la fiebre se presentase; los nervios vasomotores se agitaban convulsos, en tensión insoportable. Tras esto vino un estado comático, algo como un sopor silencioso, cortado solamente por el trabajoso ruido pulmonar, semejante al roce de una escoba sobre los ladrillos. Miguel cerró los ojos: no veía, no entendía ya las cosas exteriores, pero aún lo suyo interior, su alma, luchaba, quería balbucir algo, esa última palabra que se nos queda por decir siempre cuando nos despedimos de alguien y que era quizá la única justa y conveniente.»

«El pobre moribundo estaba sentado en el lecho, apoyado el busto en cuatro o cinco almohadas y cabezales. Su ancha frente, que fué siempre un espejo para la luz, se amortecía, se trocaba mate; su aguileña nariz pálida se encorbaba, prensil, buscando la boca; los marciales bigotes caían desmayados en la suprema dejación de toda lucha. Un último estremecimiento, un *pneuma* o soplo misterioso que salía por la boca y narices, una inclinación suave, lenta, de la cabeza sobre el pecho, fueron las postrimeras señales. El Ingenioso Hidalgo estaba muerto.» (1)

Cervantes pasó por este mundo en lucha constante con la desgracia, vivió en permanente sufrimiento, pero conviene no exagerar el concepto que formemos de él, confundiendo al escritor con el hombre. Cervantes no fué un santo, ni siquiera un justo. Lanzado a una vida errante, vohemia, apicarada si se quiere, tuvo que contaminarse con las costumbres de su época, en el medio social en el que desevolviase su vida. Ni yo puedo, ni debo molestar vuestra atención haciendo citas que justifiquen mis afirmaciones.

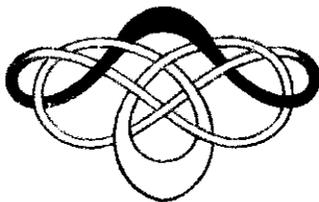
Pero si al hombre le salpicó las calzas el fango de una vida miserable y desgraciada, al escritor insigne, único e

(1) El Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra.—2.^a Edición.—1915.

imcorporable nadie aventajó ni podrá aventajar en elegancias, bellezas, gracias y donaires. Miguel de Cervantes y D. Juan de Austria fueron el sol de la paz y el rayo de la guerra, la cifra y compendio del siglo XVI español, las dos joyas de Felipe II.

Rey Felipe, Rey Felipe,
el de vestiduras negras,
el de los rubios cabellos
y el de la conciencia estrecha.
Tu no llegarás a ser
Sol en paz y rayo en guerra,
a no lucir en el cielo
de tu reino, dos estrellas;
el invicto hijo de Marte
y bastardo hijo del Cesar,
y un pobre hidalgo, un soldado,
un tal... Cervantes Saavedra.

He dicho.



Elogio del castellano

(Poesía laureada con el primer premio en el Certamen pro-idioma, celebrado por el "Casino Español de Manila" con motivo de la inauguración de la "Casa de España") : : : : :

*Arca Santa inviolable de la Raza,
Arca Santa de próceres leyendas,
que a tu prestigio espiritual vinculas
la gloria de las magnas epopeyas:
Arca egregia y divina,
que en las ingentes luchas ya pretéritas
sobreviviste al colonial desastre,
cual sobrevive el alma a la materia;
Arca ebúrnea, copón de maravillas,
donde se guarda secular herencia;
Arca de lo inmortal que veneramos
en la vetusta casa solariega;
Arca de oro que ofrece el Libro Santo
y el perfumado Pan de la Belleza
por quien juramos proscribir la casta
de osados malandrines que te afrentan;*

*la musa tropical, la musa autóctona,
de tus clásicos lauros heredera,
torna a pulsar el clavicordio hispano,
clavicordio romántico que sueña,
clavicordio que sufre como un alma,
clavicordio polífono que encierra
en sus notas lo grande, clavicordio
donde llora sus cuítas Filomena,
donde estallan los gritos del combate,
donde retumba la canción de gesta.*

*Y canta en tu loor, ¡oh lengua hispana!
del pensamiento alada mensajera,
que fulguras, cual límpida custodia
de la Eterna Verdad, en las conciencias,
como el Sol en las cúspides altivas
donde la tromba y el ciclón fermentan,
como el anhelo indígena que fulge
en el blasón astral de mi bandera.*

*¡Oh lengua sacrosanta
de Fray Luis y Miguel, Lope de Vega,
del Arcipreste, Calderón y Góngora,
los Argensola, Hurtado y Espronceda;
oh lengua que enfloró de madrigales
las pristinas edades romancescas,
toda hecha de vorágines y truenos,
toda hecha de suspiros y cadencias;
coro inmenso de tímpanos, concierto
de las panidas flautas en la sierra,*

*sinfonía fantástica que irrumpe
del arpa gigantesca de las selvas.*

*Es tu ritmo la ronda bulliciosa
de crótalos y locas panderetas,
de guitarras que dicen el elogio
de unos ojos reidores que asaetean;
es la risa que en notas se desata
cual cristalino desgranar de perlas,
el madrigal sonoro que deslíe
sus estrofas de amor en las verbenas,
y el chocar de las copas musicales
donde hierve la sangre de las cepas.*

*Es tu acento el susurro que adormece
del aura al retozar en la floresta,
y el blando caramillo que solloza
bajo el beso lunar en primavera.
Te remeda el gorjeo de la alondra,
la imperativa voz de las trompetas,
el quejido que emerge de la cuna
y el doliente "kundinan" de mi tierra;
y el raudo vendaval que avanza indómito
por cima de las altas cordilleras,
y brama en los barrancos y ondonadas
y en las rocas que hendieron las centellas.*

*Y tuviste en la lira de Quintana
ecos triunfales, resonancias bélicas
de estoques y corazas y armaduras
que son el timbre perennal de Iberia;*

*en los versos broncíneos de Chocano
fragor de sordas cataratas épicas,
algazara de pompas coloniales,
rumor de besos y temblor de quemas.
De Solis en la prosa cincelada
ímpetus de corcel, dianas homéricas,
estrépito de lanzas y tizonas,
de broqueles y cascos y rodela.
En Fray Luis de León fuiste cigarra
que endulzaba el reposo de la siesta,
y tonada de amor de la tierruca
en los cuadros agrestes de Pereda.
Caballero gentil de la Armonía
en el rugiente "Niágara" de Heredia,
batir de alas de ingrávidos querubes
en las trovas ardientes de Teresa.
Y en el arpa divina de Darío
ruído de encajes y frufrús de seda,
música de cinceles sobre el mármol
y murmurio de risas y de gemas,
canción de cisnes sobre el quieto estanque
al paso de las "púberes canéforas",
y arpegios de violines cortesanos
y vibración de cítaras helenas.....
Cerraste la elipse de tu gloria,
con un estruendo de imperial proeza,
en las perennes páginas altísimas
del libro de Cervantes de Saavedra.*

No en vano fueron por ignotos mares

*de Hispania las veloces carabelas
en comunión ferviente con la Audacia
y los altos designios de la Idea;
no en vano los Cortés y los Balboa
desafiaron el hambre y las tormentas,
y sus bridones épicos midieron
las pampas infinitas de la América;
no en vano sobre el pico de los Andes,
dueña del mundo flameó tu enseña,
tan amplia que cubrió dos continentes,
tan gloriosa, tan noble y tan excelsa;
no en vano por tres siglos tus ejércitos
han levantado en mi solar sus tiendas,
y vieron el prodigio de mis lagos
y de mis bellas noches el poema;
no en vano en nuestras almas imprimiste
de tus virtudes la radiosa estela,
y gallardos enjoyan tus rosales
plenos de aroma las nativas sendas:
tu imperio espiritual vive y perdura,
y extiende su simbólica cadena
del Pirene a los Andes y al Carballo,
y en un abrazo inmenso los estrecha.
Por los mares Atlántico y Pacífico
tus fuertes galeones aún navegan,
y van en ellos, bajo un sol de gloria,
almas grandes que luchan y que anhelan,
andantes Caballeros del Ensueño,
guardianes de la fe de Dulcinea,*

*locos sublimes que descubren mundos
y mueren por su Dama, la Quimera.
Aun nos ofrecen tus antiguos códices
la fórmula inmortal de la Belleza,
y tus filtros y alquimias prodigiosos
del humano dolor la panacea.
No morirás jamás en este suelo
que ilumina tu luz. Quien lo pretenda
ignora que el Castillo de mi Raza
es de bloques que dieron tus canteras.*

ENVIO:

*Casa de España, Olimpo de las Artes.
Templo del Porvenir, ¡bendita seas!
Las musas danzarán sobre tu césped
y gustarán la miel de tus colmenas.
Sé el manantial donde las almas nobles
el agua pura del Ensueño beban,
la Torre de marfil donde se guarde
el tesoro ideal de nuestra lengua.
Hispanos: si algún día la escarnecen,
nuestras aljabas vaciarán sus flechas,
y nos verán, triunfantes o vencidos,
al pié de esta sagrada ciudadela.*

Claro M. Recto.

1500

- All
- CAD

